



El expresidente Adolfo Suárez junto a su hijo, Adolfo Suárez Illana, en una visita a Oviedo en 1996.
:: ELOY ALONSO / REUTERS

y que acabaría disolviéndose como un azucarillo. En aquella comparecencia reconoció su «desgaste personal». «En las actuales circunstancias mi marcha –dijo– es más beneficiosa que mi permanencia».

Arrojó la toalla, pero también reivindicó su tarea: la articulación de «un sistema de libertades, un nuevo modelo de convivencia social y un nuevo modelo de Estado». Con el trabajo de muchos, pero ciertamente con su impulso, España produjo un cambio radical. Quizá un político más sesudo habría preferido tomarse las cosas con algo más de calma. Aquel hombre atlético, coqueto y seductor, siempre con trajes de un corte perfecto, con un cigarrillo entre los dedos y pésimo comedor, demostró audacia.

Entre los hitos de su mandato estuvieron los Pactos de la Moncloa, fundamentales para evitar que el malestar provocado por la calamitosa situación económica diera al traste con la transición política; la ley de amnistía de 1977 antecedida de aquella entrevista con la cúpula militar, el 8 de septiembre de 1976, en la que desplegó toda su capacidad de convicción; la trascendental ley de reforma política, vendida a los elementos más recalcitrantes de la derecha («no se pretende hacer borrón y cuenta nueva»), prometió ante el pleno del Congreso; la legalización del PCE, que en las Fuerzas Armadas se vivió como la traición de un hombre sin palabra («nuestro pueblo es suficientemente maduro como para asumir su propio pluralismo», argumentó él), y, por supuesto, la Constitución y el Estado de las autonomías.

La prueba de que, pese al aspecto vitalista que estos días ha asumido de nuevo a las pantallas de las televisiones españolas, Suárez pasó por momentos muy oscuros está en esa frase que le dijo a la periodista Josefina Martínez del Álamo en una entrevista de 1980 que permaneció inédita hasta el 2007, cuando decidió publicarla en ABC: «Soy un hombre completamente desprestigiado». Ni su partido ni la oposición le daban tregua –«tahúr del Misisipi», fue una de las linde-

zas que le dedicó el socialista Alfonso Guerra-. El escenario era complejo. A la convulsión económica y política había que añadir el terrorismo de ETA, los Grapo, y los pistoleros de ultraderecha. Ese año consiguió superar una moción de censura del PSOE de la que, sin embargo, salió muy tocado y meses después él mismo se sometió a una ajustada cuestión de confianza. Hasta que no aguantó más y se rindió.

En ese clima se fraguaron las conspiraciones que dieron lugar al 23-F, una jornada que también dejaría huella en su biografía. Suárez, presidente en funciones, permaneció hierático en su escaño mientras el resto del hemiciclo, a excepción del general Manuel Gutiérrez Mellado, que plantó cara de pie a los golpistas, y de Santiago Carrillo, se protegía tras las bancadas de los tiros al aire de Tejero y sus subordinados. Fue un gesto de gallardía que aún hoy permanece en la memoria colectiva.

Declive y auge

El expresidente aún intentó continuar en política. Tuvo aspiraciones de hacer de su nueva formación, el CDS, el 'partido bisagra', pero no lo logró. En 1982 pasó de estar al frente de la principal fuerza política del país al grupo mixto como líder de un partido con tan solo dos diputados, él y su fiel Agustín Rodríguez Sahagún. Hubo un momento en el que pareció que aún podría hacer algo. En las gene-

rales 1986 el CDS subió con fuerza hasta los 18 diputados, pero el declive empezó tras los siguientes comicios, en los que perdió cuatro escaños, y se confirmó en las municipales de 1991, en las que apenas superó los 700.00 votos, el 3,93% del total. Aquel proyecto de centro liberal y progresista acabó muriendo, entre otras cosas, por falta de fondos económicos.

A medida que pasaban los años, fueron comenzando, sin embargo, los elogios para el político derrotado. Para entonces estaba entregado a la vida familiar. A su hija Mariam, su 'ojito derecho' y segunda de cinco vástagos, le fue detectado un cáncer cuando tenía 29 años y estaba embarazada de su segundo hijo. Y Suárez se volcó en su cuidado. A pesar de que pulverizó los pesimistas pronósticos iniciales, moriría en el 2004, cuando él ya no recordaba siquiera su nombre. Tres años antes había muerto su esposa Amparo Illana a la que cuidó hasta el final. También sus otras dos hijas, Sonsoles y Laura tuvieron que combatir la misma enfermedad.

Su última aparición pública tuvo lugar en el 2003, en la presentación de la calamitosa candidatura de su primogénito a la presidencia de la Junta de Castilla-La Mancha, por el PP. El alzhéimer ya empezaba a jugarle malas pasadas. No fue capaz de hilvanar un discurso coherente pero salió del trance con su elegancia cautivadora «tengo un lío de papeles...». Su hijo aseguró el viernes que en los últimos días había regalado más sonrisas que en los últimos cinco años. Aún respondía a gestos de afecto. La única foto publicada con él ya muy enfermo pretendía reflejar precisamente una emoción. La hizo Adolfo Suárez Illana en el jardín de la casa familiar cuando el Monarca acudió a entregarle en el 2008 el más alto reconocimiento de la Corona, el Toisón de Oro: el Rey posaba una mano sobre su hombro, ambos caminaban de espaldas a la cámara. Fueron grandes amigos. Aunque en aquel momento Adolfo Suárez no fuera capaz de recordar todo lo que hicieron juntos.

ca logró elevarse a la altura de las hazañas que hoy recogen los libros de texto, todas ellas concentradas en los cuatro años en los que ejerció la Jefatura del Ejecutivo. Pero lo cierto es que tampoco en aquella época, gloriosa desde la perspectiva actual, pudo disfrutar en exceso de las mieles del éxito.

El primer presidente de la democracia fue designado por el Rey el 2 de julio de 1976 para sentar las bases de un cambio de régimen pacífico –«de la ley a la ley» se dijo entonces– que convirtió a España en un caso de estudio. No era, probablemente, ni el político más experimentado ni el que poseía una mejor formación intelectual. Cualquier analista del momento habría apostado a que la encomienda recaería en Manuel Fraga o en José María Areilza, ministros 'aperturistas' de la dictadura que, especialmente en el primer caso, ya habían teorizado sobre la reforma.

Sin embargo, don Juan Carlos apostó por la simpatía y audacia del secretario general del Movimiento, un abogado de provincias con un currículo algo ramplón, con el que compartía generación y visión política. Y eso le convirtió en blanco de numerosos ataques.

Víctima de conspiraciones

«La meta última es muy concreta que los Gobiernos del futuro sean resultado de la voluntad de los españoles», dijo Suárez en la primera de sus muchas intervenciones televisivas, para las que demostraría grandes dotes. Casi cinco años después, en febrero de 1981, comparecía ojeroso, quebrado por las circunstancias y por las conspiraciones internas de un partido, la UCD, que nunca controló, que había nacido de una forma atípica, creado ya desde el poder mediante la aglutinación de distintas fuerzas políticas,

Cuando el Rey lo escogió en 1976 para pilotar el cambio a un régimen de libertades causó sorpresa

Dejó el Gobierno en 1981 completamente desprestigiado; la Historia le reconoce ya sus méritos